

Génesis 6-9:17: El Diluvio

(Traducción de <https://yalebiblestudy.org/courses/genesis/lessons/the-flood-study-guide-2/>)

Continuando con la serie de grandes éxitos de la Biblia, el relato que sigue a la Creación, Adán y Eva, y Caín y Abel es—después de algunas genealogías para pasar el tiempo—la famosa historia de Noé y el Diluvio. Para ser el acontecimiento más mortífero de la historia del compromiso de Dios con la humanidad, se trata de un episodio que se relata con mayor frecuencia en los libros y canciones infantiles (“Llovió y llovió durante cuarenta margaritas, margaritas,” etc.). Y aunque a primera vista parece un cuento moral relativamente sencillo—la humanidad es malvada, la humanidad es castigada, la humanidad es perdonada—en realidad se trata de una narración compleja, que comprende dos visiones distintas del Diluvio. Su mensaje tampoco es tan sencillo como podría parecer a primera vista.

El Problema de la Narración del Diluvio

El relato del Diluvio en Génesis 6-9 ha sido, desde los albores de la erudición crítica sobre la Biblia, el texto principal al que se ha apuntado para demostrar la presencia en el Pentateuco de múltiples fuentes literarias. La razón por la que el pasaje ha perdurado en este papel hasta el presente es el simple hecho de que, aunque quizá sea el más famoso de todos los relatos bíblicos, cuando uno intenta leer la narración del Diluvio se encuentra con que es, en el nivel básico de la trama, imposible. La historia comienza con Dios descubriendo que toda la tierra - “toda la carne,” según Gn 6:12- se ha corrompido, y que la tierra está llena de violencia (hamas). Dios le dice a Moisés que ha decidido destruir toda la carne, pero que Noé debe hacer un arca. Dios promete hacer un pacto con Noé, y le ordena a éste que introduzca en el arca a dos de cada ser vivo “para que vivan contigo; serán macho y hembra.” Y Noé lo hace (Gn 6:22): tal como Dios le ordenó, así lo hizo.

Sin embargo, en la siguiente frase, hay algo que falla profundamente. Dios vuelve a decir a Noé que toda la vida está a punto de ser destruida, y que Noé debe entrar en el arca. Si esto fuera todo, podríamos decir que este Dios es un Dios repetitivo. Pero hay más: Dios también le dice a Noé que tome siete parejas—no una pareja, macho y hembra, sino siete parejas, catorce en total—de todos los animales y aves limpias, pero sólo una pareja (macho y hembra) de los animales impuros. Parece, pues, que Noé, después de haber recogido una pareja de cada animal como se le había ordenado (“tal como Dios le mandó, así lo hizo,” Gn 6:22), se le dice ahora que vuelva a hacerlo, con muchos más animales, y con la distinción entre limpios e impuros. Y, sorprendentemente, “Noé hizo lo que el Señor le había mandado” (Gn 7:5).

Los problemas continúan. ¿De dónde salió el agua para el Diluvio? Según Gn 7:11, fue de arriba y de abajo, de la liberación de las aguas cósmicas de la creación: “las fuentes del gran abismo (tehom)” y “las compuertas del cielo.” Según Gn 7:12, fue lluvia—mucha lluvia, pero aún así, lluvia a secas.

Existe un importante problema de cronología. Por un lado, hay una secuencia de acontecimientos muy bonita, de un año de duración: el diluvio se produce en el día diecisiete

del segundo mes del año seiscientos de Noé; las aguas se elevaron durante ciento cincuenta días (Gn 7,24), es decir, durante cinco meses, de manera que el arca se posó en el monte Ararat el día diecisiete del séptimo mes (Gn 8: 4); el primer día del décimo mes, aparecieron las montañas; el día del cumpleaños de Noé, el primer día del primer mes de su año seiscientos uno, las aguas comenzaron a secarse (8:13); y finalmente, el día veintisiete del segundo mes - casi exactamente un año después de la llegada de las aguas- la tierra volvió a estar seca. Todo muy bien, hasta que vemos que hay un tiempo que no se contabiliza: sobre todo, los famosos “cuarenta días y cuarenta noches” en que cayó la lluvia según Gn 7:12, que se menciona de nuevo en 8:6 como coincidiendo de alguna manera con el primer día del décimo mes. Así, cuarenta días se convirtieron, milagrosamente, en siete meses y medio. Luego están los siete días en los que Noé esperó el regreso de la paloma, y los siete días siguientes (8:10-12).

En cuanto a la paloma, que todos los niños conocen, no hay que olvidarse del cuervo que Noé envía primero. El cuervo (aunque ha adquirido una mala reputación en la historia de la interpretación, de forma totalmente previsible en blanco y negro) en realidad cumple perfectamente su función, y hace exactamente el mismo trabajo que la paloma de Noé con sus tres viajes de ida y vuelta al arca. En otras palabras, se trata de dos pájaros diferentes que realizan exactamente la misma función.

Hay problemas lógicos, de esos que no aparecen en los libros ni en las canciones para niños. El más destacado: en el momento en que Noé sale del arca, procede a construir un altar y a ofrecer sacrificios de animales a Dios. No está claro cómo se compagina esto con las instrucciones de Dios a Noé de tomar los animales “para mantenerlos vivos contigo.” Peor aún, justo antes de que Noé sacrifique a los animales (8:20), Dios acababa de decirle que sacara a los animales “y que pululen por la tierra y fructifiquen y se multipliquen” (8:17).

Al igual que el relato del diluvio comienza con las repetidas instrucciones de Dios a Noé, termina con otra repetición innecesaria, la de la promesa de Dios de no volver a provocar un diluvio que destruya la tierra. La primera vez, Dios hace la promesa después de oler el olor de los sacrificios (8:21-22); la segunda vez, es el cumplimiento de la declaración de Dios antes del Diluvio de que habría un pacto con Noé (9:1-17).

Dos Historias del Diluvio

Estos problemas narrativos, enteramente en el nivel de la trama, hacen que la historia del Diluvio en la Biblia canónica sea difícil de leer, difícil hasta el punto de ser casi imposible. Sin embargo, hay algo notable en los problemas narrativos de la historia del Diluvio: todos vienen en pares binarios. Dos repeticiones, dos aves, dos orígenes de las aguas, dos sistemas calendáricos. Y cuando se separan los pares opuestos, resulta que surgen dos narraciones perfectamente buenas, cada una con afirmaciones narrativas distintivas y coherentes sobre lo que ocurrió, cuándo, cómo y por qué.

Y luego viene el paso final: la observación de que cada una de estas dos historias es también notablemente consistente en términos de estilo literario. El marcador clásico de la distinción entre las fuentes J y P es el uso del nombre divino, y aunque ni siquiera es necesario examinar

los nombres divinos en el relato del diluvio para dividirlo adecuadamente en sus fuentes constitutivas, una vez que se ha realizado esa separación resulta que, sí, el nombre divino aparece sólo en una línea narrativa, mientras que el término genérico “Dios,” elohim, aparece en la otra. También aparecen otras distinciones terminológicas. El relato que utiliza el nombre divino emplea la frase “toda la existencia,” mientras que su relato opuesto dice “toda la carne.” Las palabras para la destrucción son distintas, “borrar” y “destruir.” También para la muerte: “morir” y “perecer.” “La tierra” frente a “el suelo.” “El macho y su pareja” frente a “el macho y la hembra.” Ninguno de estos rasgos estilísticos es necesario para identificar las dos historias, pero sirven como una maravillosa confirmación de que, efectivamente, hay dos historias que se encuentran aquí.

¿Cuáles son, pues, estos dos relatos sobre el Diluvio? Según la primera, Noé es un tipo decente con tres hijos, Sem, Cam y Jafet, y el resto de la tierra -toda la carne- está corrompida y es violenta. Dios ordena a Noé que construya el arca y tome dos de cada ser vivo, y Noé lo hace, y en el sexto año de su vida, Noé entra en el arca con su esposa, sus hijos y las esposas de sus hijos (un estribillo repetido en esta narración). Las aguas vienen de arriba y de abajo, y suben hasta que todo muere; después de ciento cincuenta días, Dios se acuerda de Noé y envía un viento para hacer retroceder las aguas. Finalmente, el arca se detiene en el Ararat y Noé envía al cuervo, que vuela hasta que las aguas se han secado por completo. Finalmente, Dios le dice a Noé que salga del arca, y le dice a todo que sea fructífero y se multiplique y llene la tierra; Dios hace algunas estipulaciones nuevas sobre el consumo de carne, que aquí se presenta como una novedad en la historia de la humanidad; y finalmente Dios hace un pacto con Noé y sus hijos de que no habrá más inundaciones, con el arco iris sirviendo como señal del pacto.

Esta versión de la narración del Diluvio procede manifiestamente de la fuente sacerdotal, P, que ya conocimos en Génesis 1. Lo que tenemos en este relato es la deshechura de la creación narrada tan bellamente en el primer capítulo de Génesis. Las aguas que fueron cuidadosamente separadas por Dios para revelar la tierra, esas aguas que están por encima y por debajo del mundo que conocemos, se liberan, devolviendo la tierra a su caos anterior a la creación. Una vez más es un viento divino el que marca el fin del caos. La recreación del mundo se anuncia con la misma bendición divina: fructificad y multiplicaos. En este relato se hace referencia a que Dios hizo a la humanidad a su imagen y semejanza, directamente desde Génesis 1. Y el estado explícitamente vegetariano de la humanidad proclamado en Génesis 1 se deshace aquí, y se permite a los humanos comer carne, aunque con restricciones.

Este último punto es especialmente importante, ya que nos da la pista más importante sobre lo que el autor de P imaginó que era la razón de ser del Diluvio. En el estado inicial del mundo, según P, se supone que los humanos y los animales son veganos pacíficos, que conviven en armonía. Pero al principio de la historia del Diluvio se nos dice que el mundo -toda la carne- ha degenerado en violencia y corrupción. Los humanos están matando a los humanos, los animales están matando a los animales, y cada uno está matando al otro. Todo se destruye en la historia de P porque todo, tanto los humanos como los animales, ha violado lo que se suponía que era el orden natural. El permiso que se da al final del Diluvio en P, por lo tanto, es un soplo a la inclinación natural de los seres vivos a ser violentos. Esa violencia no está totalmente prohibida,

lo cual es (como aprendemos una y otra vez en este país, remontándonos a la Prohibición y más allá) un medio ineficaz de prevenir algo; está, más bien, sujeta al control estatal (divino).

La versión J del Diluvio cuenta una historia muy diferente. Esta historia comienza con el reconocimiento por parte de Dios de que la humanidad es intrínsecamente malvada, pero que Noé, al menos en términos relativos, está bien. Así que Noé toma sus siete pares de animales limpios y un par de animales impuros, y la lluvia llega durante cuarenta días y cuarenta noches, y todo en la tierra muere. Al final de los cuarenta días, Noé envía la paloma, tres veces, y cuando finalmente no regresa, Noé abre el arca y ve que todo está seco. Construye un altar y sacrificios, y aquí vemos por qué Dios le ordenó que llevara tantos animales, y en particular tantos animales limpios, que es otra forma de decir sacrificables, a bordo del arca. Cuando Dios huele los sacrificios, jura no volver a provocar un diluvio: hay un reconocimiento divino de que, aunque la humanidad sea intrínsecamente malvada, también sirve para algo, ya que sólo los humanos son capaces de ofrecer sacrificios a Dios. No hay ningún cambio en las normas de la humanidad según J, sólo hay una creciente comprensión por parte de Dios de que los humanos son imperfectos y que esas imperfecciones deben ser toleradas.

En la historia de J, está latente la pregunta de por qué, precisamente, los animales tenían que morir junto con los humanos. Al fin y al cabo, tanto al principio como al final de la historia se subraya que la humanidad es malvada por naturaleza, algo muy distinto a la afirmación de la historia P de que “toda la carne” estaba corrompida. Entonces, ¿por qué un diluvio que aniquile a todo el mundo, en lugar de un tipo de devastación específica para la humanidad? La respuesta está en la versión J de la creación y en la visión J de la relación de la humanidad con el resto del mundo. En J, Adán es el primero en ser creado, y todos los animales existen sólo por el bien de la humanidad. (Esto es precisamente lo contrario de lo que vemos en P, donde la creación está prácticamente completa antes de que Dios cree a los humanos). Según la lógica de J, una vez que Dios decide destruir a la humanidad, los animales también podrían desaparecer, ya que sin los humanos los animales no sirven para nada.

Consideraciones Históricas e Interculturales

Los dos relatos del Diluvio, entrelazados en Génesis 6-9, son completos, continuos e internamente coherentes. Y ninguna de ellas depende de la otra ni muestra conocimiento alguno de la misma. En otras palabras, en el antiguo Israel había (al menos) dos relatos independientes sobre el Diluvio. También sabemos, por supuesto, que estas no eran las únicas historias del Diluvio que se contaban en el antiguo Oriente Próximo, o en todo el mundo. De hecho, como se ha señalado desde hace tiempo, prácticamente todas las culturas tienen su historia del Diluvio. Esto ha llevado a muchos, a lo largo de los años, a conjeturar que podría haber algo de verdad histórica detrás de la narración, que podría haber existido de hecho algún evento catastrófico prehistórico de inundación, cuyo recuerdo fue preservado y transmitido en culturas de todo el mundo.

Sin embargo, hay que reconocer que no hay pruebas geológicas de tal evento de inundación. En cambio, tenemos muchas pruebas de inundaciones relativamente localizadas. Es de suponer que cada cultura las amplió hasta convertirlas en un acontecimiento histórico trascendental, y

hay que recordar que en la época anterior a Internet, antes de la globalización, antes de las exploraciones o incluso de los desplazamientos importantes de población, la comunidad local era, a todos los efectos, el mundo. Con el paso de las generaciones, una catástrofe natural local se transformaba fácilmente en una catástrofe mundial (del mismo modo que una figura patriarcal local podía transformarse en un progenitor nacional o mundial, pero de eso hablaremos en la próxima sesión).

También conviene recordar que los relatos viajan de una cultura a otra y, de hecho, los relatos bíblicos del Diluvio son un muy buen ejemplo de esa migración narrativa. Dadas las realidades climatológicas, es bastante impensable que una historia sobre un diluvio masivo se haya originado en el antiguo Israel, donde la falta de agua, es decir, el hambre, es el desastre predominante (como vemos repetidamente en las historias patriarcales y en otros lugares), en lugar de demasiada agua. Desde el descubrimiento y el desciframiento de las epopeyas mesopotámicas de Gilgamesh y Atrahasis en el siglo XIX, ha quedado claro que el relato bíblico del diluvio procede, aunque de forma independiente, de las tradiciones mesopotámicas (donde las inundaciones eran, y siguen siendo, un grave problema). En los relatos mesopotámicos sobre el Diluvio tenemos también la salvación de un solo ser humano, la construcción de un arca, la tenencia de animales, el envío de aves, los sacrificios... prácticamente todos los elementos que encontramos en los relatos bíblicos tienen un paralelo.

Esto no significa, sin embargo, que los autores bíblicos se limitaran a traducir al hebreo las epopeyas mesopotámicas. Junto a las similitudes hay también diferencias significativas, a menudo en los lugares más significativos. El texto bíblico presenta una deidad en lugar de muchas, y una deidad con justificaciones bastante diferentes para provocar el Diluvio (en las epopeyas mesopotámicas, las quejas de los dioses contra la humanidad suelen ser bastante banales, como el exceso de ruido humano). Aunque muchos estudiosos han supuesto que los relatos bíblicos son una reacción polémica contra las tradiciones mesopotámicas—en la línea de “ustedes creen que fue así, pero nosotros vamos a contarlo de la manera correcta”—parece más probable que en realidad el proceso de transmisión fuera más largo y menos nítido. Probablemente sea más seguro imaginar que las tradiciones mesopotámicas del Diluvio llegaron a Israel a lo largo de muchas generaciones de interacción cultural, y que fueron “traducidas” al idioma israelita, transmitidas y refinadas en múltiples versiones a lo largo de muchos años. Los relatos bíblicos son menos “respuestas” israelitas a una historia mesopotámica, y más “versiones” israelitas de tradiciones originalmente mesopotámicas. En ambas culturas, cabe señalar, no había una única versión autorizada del relato.

Sin embargo, en ambas culturas y en todas las versiones, hay un elemento consistente en la historia del Diluvio. Marca la transición de la era anterior a la actual. En los relatos bíblicos en particular, esta transición está indicada por el cambio de actitud de Dios hacia la humanidad: la aceptación de lo que es la humanidad y de cómo nos comportamos. Si hay una “caída” en Génesis, es más aquí que en el Jardín, pues es aquí donde se rebajan las expectativas divinas para adaptarse a nuestra naturaleza inherente. Las imperfecciones que vemos a nuestro alrededor y reconocemos en nosotros mismos se codifican oficial y permanentemente al final del Diluvio. No sólo no se puede volver al Jardín, sino que Dios no espera que lo hagamos.